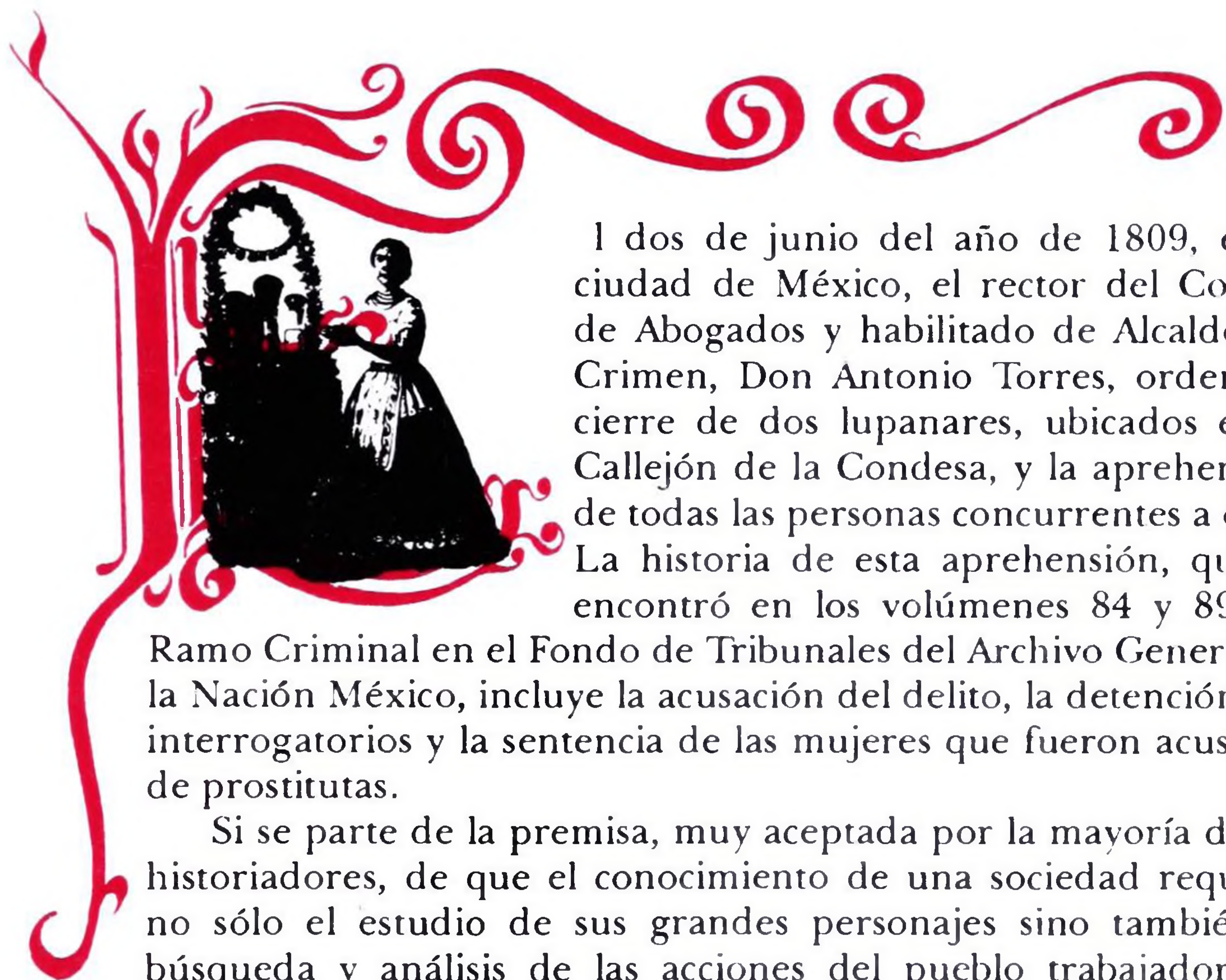




UN DRAMA DE LA VIDA COTIDIANA
LOS AMORES DE OCASIÓN

MARCELA SUÁREZ ESCOBAR
GUADALUPE RÍOS DE LA TORRE



El dos de junio del año de 1809, en la ciudad de México, el rector del Colegio de Abogados y habilitado de Alcalde del Crimen, Don Antonio Torres, ordenó el cierre de dos lupanares, ubicados en el Callejón de la Condesa, y la aprehensión de todas las personas concurrentes a ellos. La historia de esta aprehensión, que se encontró en los volúmenes 84 y 89 del

Ramo Criminal en el Fondo de Tribunales del Archivo General de la Nación México, incluye la acusación del delito, la detención, los interrogatorios y la sentencia de las mujeres que fueron acusadas de prostitutas.

Si se parte de la premisa, muy aceptada por la mayoría de los historiadores, de que el conocimiento de una sociedad requiere no sólo el estudio de sus grandes personajes sino también la búsqueda y análisis de las acciones del pueblo trabajador, los anónimos y los desviantes, el estudio de las mujeres desviantes, en este caso las prostitutas, puede constituir una fuente riquísima para el conocimiento de las relaciones sociales, la ideología y las condiciones de la mujer en una época dada.

Son los comunes los que construyen verdaderamente la historia de los pueblos, y dentro de ellos, las historias individuales; la historia cualitativa ofrece grandes posibilidades de indagación

para el conocimiento. La suma de las historias individuales es el instrumento para la historia cuantitativa, y el análisis de ellas permite conocer las excepciones o las reglas.

El expediente de María Manuela Castrejón fue el único de prostitución civil y abierta encontrado en el Ramo Criminal del Archivo General de la Nación. Es sólo un caso pero, a pesar de ello, su contenido es tan rico que la simple lectura de las declaraciones de los testigos, y finalmente de las acusadas, nos muestra multitud de posibilidades para el conocimiento de la sociedad en la ciudad de México de los Borbones.

Este trabajo es sólo un producto parcial del esfuerzo de análisis de estos documentos; es un intento de buscar en el delito los valores protegidos de la norma; una pesquisa de las diferencias existentes entre la norma y el concepto que de ella tiene el pueblo y, finalmente, un intento de acercarnos al conocimiento de la mujer del pasado para la transformación, a través de la crítica, de las condiciones de la mujer del presente.



I. Los vicios privados de una sociedad modernista

El siglo XVIII fue, para España y sus Colonias, un periodo de profundos cambios políticos, económicos e ideológicos. El ascenso al trono de la Casa de Borbón significó el inicio de grandes esfuerzos por la “nacionalización” de la economía española; la recuperación de las concesiones comerciales otorgadas a naciones europeas, el incremento en la explotación de las colonias y el impulso a la producción en la Metrópoli para la exportación a mercados coloniales.¹

Significó también la llegada a la modernidad a través del

despotismo ilustrado, el impulso a la agricultura, el comercio y la industria con sistemas racionales, el desarrollo del pensamiento de la Ilustración y la difusión y el estímulo a las artes y las ciencias.

Representó además el esfuerzo por el logro de la primacía de la Corona sobre los intereses privados y sobre el poder de las corporaciones; la Iglesia, los comerciantes y los hacendados. Todo esto implicó cambios administrativos, políticos, económicos y sociales.

Se tomaron medidas y se promulgaron prohibiciones para controlar el poderío que hasta entonces había adquirido la Iglesia. Se atacó a los monopolios de los grandes consulados comerciantes, se dio la libertad al comercio, se establecieron reformas para el impulso a la minería y para incrementar la explotación de las Colonias, el ejército se profesionalizó y se realizaron importantes reformas hacendarias y fiscales. En este ámbito, la ciudad de México, al llegar a la segunda mitad del siglo XVIII, era la ciudad más grande de América, sede de los más altos poderes civiles y eclesiásticos, y el centro económico más importante de las colonias españolas.

Era la ciudad americana más poblada, ya que el censo de 1790 revela una población de 113,240 personas. En ella residían europeos, criollos o españoles nacidos en América, indios, negros y mezclas raciales o castas. El grupo más grande lo constituían los criollos, que representaban 47.25% de la población, seguidos de los indios con 22.60%, los mestizos con 12%, los mulatos con 6.60%, los europeos con 2.25%, los negros que constituían .30% y las castas o mezclas interracialas 9.00%,² todos ellos inmersos en el gran dinamismo económico y social que caracterizó a la ciudad de México bajo los Borbones. La ciudad fue el centro de las mezclas interracialas,³ y si bien en los primeros tiempos de la colonización la división de razas llegó a corresponder a la división social por estamentos, ya en este periodo la ciudad era testigo de la ausencia de patrones raciales estrictos que determinaran la participación económica y social de los individuos. El ser considerado como “español” significó no tanto orígenes genéticos sino culturales y

económicos, y así podía encontrarse a un peninsular de origen tanto en la élite novohispana como de artesano o sirviente.⁴ Asimismo, se encontró en la élite novohispana sangre mestiza e incluso rastros de genes negros.⁵

Una cosa puede indudablemente afirmarse con certeza: la ciudad de México fue centro y residencia de la mayor parte de la clase alta o élite novohispana y, por tanto, también el poder económico en la Nueva España. En ella tuvieron su sede las grandes riquezas, producto de la minería, el comercio y también algunas de la agricultura, además de ser el centro más importante de consumo y comercialización de todo el Virreinato.

En la ciudad de México, no sólo se ejercía el control de la mayor parte del comercio interprovincial de la Nueva España sino también una gran actividad mercantil de pequeños comerciantes. La ciudad estaba llena de comercios: tiendas de abarrotes, azucarerías, lacerías, sederías, velerías, tlapalerías, semillerías, vidrierías, madererías, vinaterías, pulquerías y almacenes de mercancía importada, y latones o tiendas minoristas de artículos importados, surgían por doquier. El centro más importante era El Parián, una serie de tiendas grandes ubicadas en el lado suroeste de la Plaza Central. Igualmente importantes eran el Portal de Mercaderes, callejón lleno de tiendas al menudeo, y el Portal de las Flores, que poseía varias pequeñas tiendas y servía también como muelle principal para las canoas que venían de Chalco con verduras y fruta destinadas a alimentar la ciudad.⁶

En la calle de Plateros había también multitud de platerías, tiendas pequeñas y fondas, pero las calles que se encontraban detrás del Palacio albergaron pequeñas tiendas y varias pulquerías; ésta era la zona más humilde. Detrás de la Catedral y al sur y suroeste de la Plaza Mayor, se ubicaron las grandes residencias, pero también las bodegas de los grandes mayoristas.⁷

La capital del virreinato fue también el centro manufacturero más importante, y en ella proliferaron una cantidad de talleres, panaderías, tocinerías, molinos, todos bajo estricta organización gremial.⁸ Además, fue el centro educativo más importante y,

por ende, imán de atracción para aquellos miembros de familias provincianas que aspiraban a la formación profesional.

Sin embargo, como toda gran ciudad, tuvo también grandes problemas. Un documento de 1788 del Archivo Histórico del Ayuntamiento, titulado “Discurso sobre la policía de México”,⁹ permite observar, entre otros, la existencia del problema de higiene como mercados sucios, basura en las acequias, fuentes, caños y calles; de infraestructura: empedrados mal contruidos, escasez de alumbrado, desperdicio de agua por mala construcción de las cañerías. Problemas de contaminación causados por los talleres, la introducción de ganado en las calles y plazas, la venta de ropa de enfermos muertos en epidemias, la proliferación de puestos de comida ambulantes y la existencia de zahurdas.

Problemas económicos, como la existencia de monopolios para el abastecimiento de servicios a la ciudad; problemas con los gremios; problemas políticos tales como desórdenes entre los funcionarios públicos; pero sobre todo, problemas sociales entre los que se destacan el desorden en las costumbres y la ignorancia de la población. Y la ciudad de México era la sede de un problema social más grave: la gran cantidad de lumpen, “léperos” o vagos, que residían en ella, personas en el último estrato de la escala social y económica.

El obispo Manuel Abad y Queipo señala que, a finales del siglo, se calculaba la existencia de 800 mil familias en la Nueva España, de las cuales casi 550 mil, es decir dos y medio millones de individuos, padecían alguna forma de pobreza.¹⁰

Se tiene conocimiento de la existencia del problema desde el siglo XVI, pero parece ser que para la segunda mitad del siglo y principios del XIX, la indigencia había adquirido proporciones críticas en los centros urbanos. Los avances científicos, políticos y económicos del siglo XVIII se habían reflejado en los cambios sociales, en un gran crecimiento de la población, incremento demográfico que contribuyó a acelerar el proceso de urbanización en las ciudades, principalmente en la ciudad de México. Crisis agrícolas y despojo a indígenas de sus medios de producción,

como consecuencia de la expansión de haciendas, ocasionaron además también intensas migraciones a los centros urbanos, principalmente hacia la capital del Virreinato, en las últimas décadas del siglo XVIII.¹¹

Todos estos factores se reflejaron en un crecimiento sin precedente de la ciudad de México durante las últimas décadas del periodo colonial. Este crecimiento conllevó desarrollo económico pero también múltiples contradicciones. Los Borbones abrieron el camino al desarrollo de ciertos sectores productivos pero, al mismo tiempo, a través de multitud de prohibiciones y monopolios, cerraron otras muchas posibilidades de desarrollo económico. Así, por ejemplo, en la ciudad de México se estimuló el crecimiento de la manufactura de cigarros a través de la Real Fábrica del Tabaco, que llegó a emplear hasta 7,000 trabajadores,¹² pero se frenó la mayor parte de las manufacturas para evitar la competitividad con los productos de la metrópoli. Esto generó tal cantidad de desocupación y subocupación,¹³ que Humboldt habla de la existencia, en la ciudad de México y en 1803, hasta de veinte a treinta mil desocupados.¹⁴

La migración campo-ciudad de México elevó la densidad de su población, y se generaron problemas tales como déficit de vivienda y hacinamiento en algunas zonas. Bustamante señala que muchos de los propietarios urbanos dividieron sus grandes casas para dar pequeños cuartos en arrendamiento.¹⁵ Así, la miseria, la ociosidad y la delincuencia, también estuvieron presentes en la ciudad de México durante el reinado de los Borbones.

Por otro lado, el pensamiento ilustrado orientaba su atención hacia la utilización del raciocinio humano para el logro de un mayor bienestar a través de mejoras materiales. Así, a la Nueva España y principalmente a la ciudad de México, llegó la influencia de nuevos modos en las relaciones sociales, y nuevas formas en las ideas, todo lo cual se tradujo también en importantes cambios para la vida cotidiana de sus habitantes.

Los vecinos de la ciudad de México y los centros urbanos novohispanos en general, incrementaron sus actividades sociales, y el Estado ilustrado procuró estimular las culturales. Entonces,

hombres y mujeres de casi todas las clases sociales acudían al teatro, organizaban saraos o jamaicas¹⁶ o simplemente bailes en las pulquerías,¹⁷ donde con frecuencia se cantaban coplas obscenas que escandalizaban y rompían modelos antiguos de comportamiento.¹⁸

El despotismo ilustrado se preocupó por extender la educación en favor de la producción, se incrementó el número de centros de enseñanza y se abrieron escuelas públicas gratuitas, a cargo del Ayuntamiento y de algunas parroquias, de primeras letras para niños y “de amiga” para niñas,¹⁹ pero también aumentó la circulación de libros prohibidos, no sólo ya de obras de interés religioso sino también de obras filosófico-políticas y de temas relacionados con comportamientos sexuales.²⁰

Las mujeres pudieron gozar ahora de cierta libertad. Los patrones ideales de la mujer encerrada en el claustro religioso u hogareño continuaban vigentes, pero mayores oportunidades de instrucción para algunas, necesidades económicas para otras, la intromisión de modas europeas y, en general, el propio ingenio de las novohispanas, las alejaron de los estereotipos.²¹

En esta ciudad de México, a fines del siglo XVIII, las mujeres de las clases subalternas trabajaron en la calle, fueron vendedoras, panaderas, chocolateras, tamaleras, tepacheras; en sus casas, con trabajo a domicilio, bordadoras y costureras, y en manufacturas, como obreras tabacaleras. Las de las clases altas rompieron el recato tradicional y se vistieron con los “túnicos” a la francesa,²² y la mayoría pudo asistir a bailes, fiestas y tertulias. Nuevas costumbres en la relación entre hombres y mujeres se importaron de España, y se extendió “El cortejo” como nueva forma de acercamiento de los sexos.²³

El Estado ilustrado promovía cambios que condujeron a un orden social diferente, moderno. Fue implacable en el intento de eliminación de ciertas tradiciones²⁴ y también en su esfuerzo por imponer el orden. El despotismo ilustrado se elevaba por encima de los grupos sociales y las corporaciones, y legisló y rigió para ello; el Estado empezó a invadir terrenos de la sociedad civil,

y surgieron por ende nuevas prohibiciones, nuevas intolerancias y también nuevos vicios. Paradójicamente, la codificación misma como primacía del derecho legislado, se convertía en un gran vicio al generar otros.

En este ámbito, Ma. Manuela Castrejón, Francisca Carbajal, Rosa Ontiveros, Ma. Antonia Olea, Ignacia Dávila, Antonia Aguilera, Ignacia Ontiveros y Gertrudis Riojano, al hacerse la sexualidad asunto de orden y poder, fueron castigadas por dedicarse a la prostitución.



II. La maquinaria de la justicia

Antecedentes

El caso de Ma. Manuela Castrejón presentó sus primeros antecedentes judiciales en el año de 1808, año en que fue detenida junto con Gertrudis Riojano. Se acusó a la primera de lenona, y a la segunda, de prostituta.

En esta ocasión, Manuela Castrejón negó el delito, argumentó que sólo cuidaba de Gertrudis Riojano y alegó “no haberse prostituido con ningún hombre”.²⁵ Gertrudis Riojano, sin embargo, aceptó la acusación y declaró que se prostituía “de parte de noche con los hombres, que Ma. Manuela Castrejón le proporcionaba”,²⁶ que recibía retribución económica por esto y que de ella daba parte a Manuela Castrejón: “Si le daban tres pesos, daba a la Castrejón seis reales, si eran cuatro, un peso, y si era un peso, dos reales”.

Después de un careo entre ambas, Manuela Castrejón aceptó lo declarado por la Riojano y se disculpó justificándose por necesidad

económica. Gertrudis Riojano fue destinada a servir a una casa de honra, como castigo, y la Castrejón únicamente amonestada.

Este primer expediente aquí concluye; es un expediente breve pero interesante, por el curioso hecho de la sentencia: se castigó a la prostituta, y no a la alcahueta.

Los tiempos de la justicia

El 2 de junio del año siguiente, el Alcalde del Crimen y rector del Colegio de Abogados, dispuso el cierre de dos lupanares ubicados en el Callejón de la Condesa, ordenando la aprehensión de todas las personas concurrentes a ellas.

Don Agustín Coronel cumplió la orden y declaró:

Habiendo dado anoche principio a la comisión que tantas y tan repetidas veces se me ha encargado sobre los lupanares del Callejón de la Condesa, y no había yo verificado por temores de no tener que recurrir con pleito con la gente que allí concurre [. . .] pero obligado como subalterno lo verifiqué acompañado de la respetuosa ronda de la plaza a quienes les merecí la mayor subordinación y eficacia, entramos a la primera, de la que es dueña Manuela Castrejón González y su hija Francisca Carbajal.

Se encontraban Antonia Aguilera, Ignacia Avila y la que corría por moza abajo María Antonia Olea y entre las mujeres de arriba se cogieron a Ursula Solís y a Catarina Molina ambas casadas con soldados las que reclamo Don Manuel Cristalinas y aseguro su comparencia el dia que Ud. los necesite; en esa misma casa abajo quedo una tullida que por ser hora tan incomoda no determiné de ella. . .

Así, la ronda se llevó a la cárcel a Ma. Antonia Olea, Ignacia Dávila, Antonia Aguilera, Francisca Carbajal, Rosa Ontiveros, Catalina Molina, Ursula Solís, Ignacia Ontiveros, Josefa Toledo, Santiago Flores y, por supuesto, a María Manuela Castrejón. El 9 de junio se iniciaron los interrogatorios en la Real Cárcel de Corte y se tomó declaración a Santiago Flori, Ma. Antonia Olea e Ignacia Dávila.

Ma. Antonia Olea dijo:

ser mestiza natural, 16 años de edad, de estado doncella. Le preguntaron por el motivo de su prisión y dijo que esta presa porque la cogio la Ronda en la casa de la Castrejon, la que se mantenía de corredora de alaxas, ella es la criada hace dos meses y gana dos pesos cada mes.

Se le preguntó:

qué hombres y mugeres concurrían en la casa de su ama, como y con que fines entraron a casa de su ama las personas que se aprehendieron que son Ignacia Dábila, Catalina Molina, Antonia Aguilar. Que la Dábila no sabe con que fines que la Aguilar con el fin de que le hecharan un escapulario su ama, y la Molina a covrar una colcha.

El mismo dia el referido Alcalde estando en la reja de la Real Cárcel hizo comparecer a otra de las reos la que siendo presente expresó llamarse *Ignacia Dávila* ser española de Puebla, soltera y de 17 años de edad.

[Dijo que:] al retirarse para su casa que es donde se aprehendió a Josefa Toledo en el Callejón de la Condesa vio gente en ella, era la Ronda y como se paro frente a la casa de Manuela la vieron los soldados y la metieron. Preguntada qué tiempo hace que conoce a Manuela y con que fines. Que concurrencia es la que tiene en su casa dixo que la conoce como dos años, ha de vista, pero no porque ha estado en su casa y que no ha visto entrar en ella a ninguna persona.

Preguntada de qué se sostiene la que habla y su madre Josefa Toledo y que concurrentes son los de su casa dixo que la que habla se sostiene de coser a una mercadera del Callejón de los Belemistas donde gana tres o cuatro reales diarios con los que sostiene a su madre y que en su casa no hay ninguna concurrencia.

Preguntada si conoce a Santiago Flores dixo que no lo conoce.

El 10 de junio el Alcalde entró en la reja de las mujeres y se presentó a comparecer ante él *Antonia Aguilera* que dijo “ser española, soltera y de 15 a 16 años”. Cuando le preguntaron por el motivo de su prisión,

dixo que por haberla encontrado en la casa de Manuela donde fue desde por la tarde, con el fin de que le echaran un escapulario a una

hermana suya, como su hija de Manuela llamada Francisca es amiga de la declarante, la entretuvo hasta la noche que entro la Ronda y la sorprendió.

Declaró que conoce a Manuela hace siete años, por ser de oficio lavandera, y que la casa de ésta la ha visitado por cosas distintas.

Preguntada que hombres y mujeres an visitado a Manuela con que fines y cuantas ocaciones se ha prostituido la declarante en ella. Dixo que no ha visto a ninguna concurrencia y que la exponente nunca se a prostituido alli.

Preguntada si tiene padres y de qué se sostiene dixo: que sólo tiene madre, con quien vive y se mantiene de bordar zapatos.

El mismo día rindio declaración *Francisca Carbajal* hija de Manuela, dijo ser castiza de esta Corte de estado doncella de 15 años de edad.

Preguntada por la causa de su prisión dijo que lo ignora.

Preguntada por que motivo aprehendieron en la casa de la declarante a Ignacia Avila, Antonia Aguilera, María Antonia Olea, Ursula Solís y Catalina Molina y la Tullida que quedo entregada a la depositaria, que tiempo hace que las conoce dixo: que Antonia Aguilera fue con el fin de que le echara un escapulario a su hermana y la conoce mas de cuatro años y ha estava llendo a su casa mas de tres dias. A Ignacia Avila la conoce por vecina de la Calle del Parque, pero no aido a su casa nunca.

Que Ma. Antonia Olea es su sirvienta como mes y medio, a la Molina porque le solia fiar su madre de la declarante alguna ropa y que a la Ursula no la conoce y que le parese que se paro alli a hablarle a su madre fue cuando callo la Ronda y la prendio.

Que la Tullida estaba en la carcel publica y la entrego Don Ignacio Ollos en calidad de deposito a la madre de la exponente y se nombra Petra Rios.

Preguntada de que se sostiene la declarante y su madre dixo: que de corredora de alaxas y ropa, y de lo agenciado en la correduria se lo han hecho de la ropa que tienen.

Preguntada que concurrencia de hombres y mujeres ha habido en su casa y quienes son estos dixo: que ninguno, mas que una Da. Josefa que

tiene sederia en la calle de San Agustin, la que liva a cobrar las alaxas que le dava a su madre.

Preguntada si conoce a María Ilaria Ximenes y su hermana y donde se hallan estas Dixo: que las conoce por haberlas entregado en clase de deposito el presente Alcalde y despues fue un hermano de estas y las saco de alli y no sabe su paradero.

Rosa Ontiveros declaró:

ser española originaria de Tenancingo, viuda de Asencio León, no supo su edad pero segun su aspecto parese de 40 años que vive en el Callejon de las Damas.

Al preguntarle el motivo de su prisión dijo:

que hiva pasando con su hija Ignacia Ontiveros por el Callejon que nombra de La Condesa, y parandose haver en una asesoría de una sorda la gente que habia las aseguraron y condujeron a la carsel, pero que a dicha sorda no la conoce ni ha ido alli jamas.

Preguntada que trato o comunicacion ha llevado con Manuela Castrejon, dixo: que no la conose, y que su hija no aido, ni a una, ni a otra casa, que se mantiene de coser como lo ara constar.

Preguntada: si conose a Santiago Flori y si sabe que concurrentes asisten a la casa de Manuela. Dixo: que no conoce a Dn. Santiago y que ignora los que van a casa de Manuela.

El mismo día, *Ignacia Ontiveros* declaró:

ser española en estado donsella de 14 años que vive en el Callejon de las Damas. Dixo que transitando por el Callejon de La Condesa en compañía de su madre Rosa Ontiveros vieron en una asesoria un peloton de gente y como se acercaron haver las aprehendieron pero la declarante no conoce a la dueña de la casa, ni sabe porque llego la justicia.

Preguntada si conoce a Manuela Castrejon cuántas ocasiones ha concurrido a la casa de esta o a la de Josefa Toledo dijo que ni conocia, ni a una, ni a otra y menos ha concurrido a sus casas.

El 10 de junio, el Alcalde también hizo comparecer a *Josefa Toledo* que declaró:

ser mestiza originaria de Ismiquilpa viuda de José Davila Galindo que fue patron de platero en la ciudad de Puebla.

. . .no supo decir su edad y segun su aspecto parece de treinta y seis años que vive en el Callejon de La Condesa [indica el documento.]

Se le preguntó por los concurrentes que acudían a su casa y dijo:

que no tiene ningunos concurrentes sin embargo de que la conocen varios por que heran amigos de su marido, y que se sostiene del trabajo de su hija que es el de bordar y coser lo que se le ofrece.

Después fue interrogada respecto al tiempo que tenía viviendo en ese domicilio y dijo:

que habrá un mes se mudo a hella, y antes estaba arrimada frente de Jesús María con una mujer que se fue a Puebla.

Finalmente, al preguntarle por Santiago Flori, declaró:

que no lo conose ni en su vida lo avisto, y que si fuera sierto que la declarante es mujer mala como la acusaron tuviera siquiera que comer, y no que le estan dando de la caridad en la prision donde se halla.

Don Santiago Flores declaró ser originario de Italia, de oficio administrador del café de la calle de Mesones, de 19 años, con domicilio en el mismo café; dijo que:

teniendo conocimiento con un xalapeño apellidado Mendieta, a quien le robaron su ropa cuando estaba enfermo en el hospital, y suplicandole este que le diera unos calzones y que su morada lo hera en el callejon de la condesa, a la quarta asesoria, llego a buscarlo y como la ronda estaba en ella lo aseguraron, . . .pero el declarante no conoce a las dueñas de la casa donde entro pues solo por equivoco llego halli ni menos conoce a las concurrentes, siendo la primera ocacion que pone los pies en esa asesoria.

Finalmente, ese 1º. de junio, declaró *Ma. Manuela Castrejón*, quien dijo:

estar casada con Ignacio Carvajal preso en la carcel publica por haberla golpeado, vive en el Callejón de la Condesa y tiene 40 años de edad.

Preguntada por el motivo de su pricion, dijo que por suponerse haber consentido en su casa algunas mujeres que se prostitullen lo que es falso pues aunque en su casa se aprendió a Antonia Aguilera, Ma. Antonia Olea, Catalina Molina, una tal Ursula y otra muchacha Tullida es porque la Aguilera hiva tres dias a que le hecharan un escapulario a su hermana y porque su madre es comadre de la declarante: que a Ignacia Avila la conoce hace dos años desde la Calle del Parque donde heran vecinas y por este conocimiento fue su fiadora para que le dieran la asesoria de enfrente a ella y a su madre, que la Olea es su sirbienta desde hace dos meses y que gana dos pesos, que Catalina Molina que se encontró alli fue a cobrar una colcha, y que la Ursula acavava de llegar a la puerta a preguntarle si tenía una conocida lavandera: Que la Tullida se llama Petra Rios a quien la havia entregado Don Ignacio de Ollos en calidad de depósito; pero que ninguna de éstas se ha prostituido en su casa como daria testigos de como se porta.

Cuando le preguntaron qué concurrentes hombres y mujeres hay en su casa y quienes son éstos dijo:

Que hombres ninguno mas que el marido de la Molina que trata de vender ropa como la exponente a quien le compra o vende.

Preguntada:

cuanto adquiere todos los dias en el exersicio de corredora que refiere dixo que gana un peso, dos, tres o cuatro y dias de nada y de esto ha hecho la ropa que se le asegurado. Preguntada si conoce a Maria Gloria Ximenez y a su hermana Clara, dixo: que las conoce por haberselas entregado depositadas el presente Alcalde y no sabe el paradero de estas pues se la llevo su hermano que es soldado de los verdes. Preguntada que tiempo se halla preso su marido dixo desde la Pascua del Espiritu Santo por haverla golpeado a cuyo tiempo paso la patrulla de capa y lo prendieron.

Para el 18 de junio, Don Santiago Flores escribió una carta solicitando su libertad, en virtud de su inocencia. El mismo día se

sacaron los bienes de “la Castrejón” de la accesoria donde vivía, y se pusieron en depósito de la hermana de su esposo que aún se encontraba preso.

A Don Santiago Flores le fue concedida su libertad.

El Alcalde continuó la averiguación, y llamó a los testigos.

Primero llamó a las hermanas Ximénez.

El Alcalde solicitó el paradero de las hermanas Ximénez y compareció *María Ilaria Ximénez* que dijo:

ser española, no supo decir su edad y parece de 14 años.

Dijo no tener padres movida de su necesidad se enlazó con un hombre apellidado Origuela con quien se hiva acasar y por esto la puso depositada el Alcalde, que despues por otra voruca de otro muchacho llamado Clemente la volvio a recoger el Alcalde, asi a la que habla como a su hermana, y les dijo que solicitaran casa donde estubieran con onradez y como la declarante conocia a Manuela Castrejon porque esta se hizo amiga de la madre de la exponente cuando vivian en la Calle del Arco donde le llevaba algunos trapos viejos y bocaditos: Que habiéndole mandado decir la que habla que le vuscara una casa donde sirviera con su hermana compareció la sitada Manuela, ante el Alcalde diciendole que se las entregara que cuidaria de ellas.

Se las entrego y se las llevo a su casa en el Callejon de la Condesa; donde se ocupo de la cocina como mes y medio y en las piezas de arriba donde concurrían varios hombres y mujeres desentes que entraban con la cara tapada de dia y de noche, por lo que no los conocia. Estas subian arriba no sabe con que fin, pero si sospecho que aquella concurrencia era mala y por lo mismo la declarante dijo a su hermano que es soldado de la Nueva España que las sacara de ahi porque no querian estar mirando aquello y mas de esto como la exponente se havia ido a confesar el padre le dijo que no estuviera alli: Que habiendola sacado el hermano las mudo a la fuente de la Mariscala y les solicito lugar en la fabrica de sigarros para que trabajaran donde permanecen pero Manuela ocurrio en dos ocasiones a la casa de la que habla una noche y otra de dia diciendoles que podian hacer con los dos reales que ganaban en el estanco que no podian mantenerse pues ella gastaba tres o cuatro pesos todos los dias y no le alcanzaba para mantenerse que si querian le pondria casa en la calle de las Damas donde les daria ropa de la misma de su hija y solo se ocuparían en la comida y guardar el dinero; pero las hermanas dijeron que hiciera el avor de no poner un pie en esta casa porque conocian que aquello no era bueno. Lo mismo que le havia dicho el cura Larrangois con quien fue

a consultar y le dijo que no admitiera que ya daria probidencia de darles un cuarto: Que al dia siguiente volvio Manuela con la misma solicitud a tiempo que estaba su hermano y este le dixo que no volviera a poner un pie en su casa.

La declarante dixo que de las otras personas solo conocia a una que tenia depositada Manuela de nombre Petra y que no pudo desir si se quedaba a dormir con algun hombre porque la exponente se quedaba abajo y dormida porque la una de la noche se serraba la puerta.

Clara Ximénez declaró:

ser española de esta ciudad, de estado doncella, no supo decir su edad y parece de trese años. . .

dixo: que como no tiene padres la declarante la puso el presente alcalde depositada en una casa de onra, y haviendola hido a pedir una muger nombrada Manuela y lo mismo a su hermana se las entrego el Alcalde en calidad de depósito y se las llevo a su casa la que es en el Callejón de la Condesa donde estuvieron mes y medio y observo que en la casa de esta entraban varios hombres, y mujeres decentes a las piezas de arriba nosave con que fin, pero como su hermana se confeso y conosio que era malo su hermano de la declarante les puso casa aparte. . .

Para el 10. de julio del mismo año, se efectuó un careo entre las hermanas Ximénez y Manuela Castrejón:

Manuela dijo:

que su casa no entraba mas que su sobrina Maria Ponce que vive en el Callejon del Espiritu Santo y de hombres desentes un tal Hernández, que su casa no se cerrava a la una de la noche pues lo mas es a las once como lo dira la vecina Josefa Escorzo, que es cierto que fue a su casa de su careada Ilaria con el fin de ver a un cochero y solo a contestar con el y no pecar, pero sin embargo se encerro con el a vista de su careada, pero es falso que a esta le digere que le pondría casa y la vestiria con la ropa de su hija a lo que respondio Ilaria que la concurrencia de mugeres es cierta y que entravan con la cara tapada por lo que no las conocio, que es cierto que Manuela fue a su casa y aunque estubo con un cochero alli, no le dijo nada porque le dio vergüenza y que su careada le expreso que ella gastaba tres o cuatro pesos diarios y no alcanzaba.

El 5 de julio se amenazó con la bartolina a Manuela para que denunciara a los que a su casa concurrían. “La Castrejón” negó todo, soportó 24 horas de bartolina, y al salir volvió a negar toda acusación.

Ese mismo mes, las reas fueron interrogadas de nuevo para tomarles confesión.

Ma. Antonia Olea, la joven sirvienta de la casa de Manuela, no obstante las presiones del interrogador que la acusó de perjury y prostituta, ratificó su primera declaración, su inocencia y la de la Castrejón.

Ma. Ignacia Dávila se enfrentó al Alcalde y al escribano, los acusó de haberse equivocado cuando la incriminaron por prostitución y escándalo, y ratificó su primera declaración.

Antonia Aguilera fue acusada por el Alcalde de que “siendo su estado el de soltera y habiéndose hallado como a las diez de la noche en la casa de Manuela Castrejón, que es según voz pública, un lupanar escandaloso” era prostituta. Ella explicó haber perdido su virginidad por un hombre que se había burlado de ella, alegó que se mantenía de trabajo honrado, y solicitó su libertad “en atención al largo tiempo de prisión que ha sufrido, y deshonor que ha padecido”.

Francisca Carbajal fue acusada por el Alcalde de falsedad en su declaración preparatoria, con el argumento de que ella no podía ignorar los delitos que en su casa se cometían porque: “las mujeres iban con las caras tapadas para que no las conociese, lo cual no podía ser con otro fin, que el de mezclarse carnalmente, cuyo criminal comercio adquiriría el vil interés con el que se sostenían indecentemente”. Ella ratificó su declaración preparatoria, alegó no haber “observado ninguna acción indecente” dentro de su hogar, ser de estado doncella y mantenerse de la venta de alhajas, ropa y costura en casas de honra.

Francisca propuso como prueba mayor de que su casa no era lupanar,

que la confesante y su madre se consideraban sin delito alguno, es la que habiéndose dicho Ylaria Ximenes a la criada de la que contesta,

tres o cuatro días antes de la prisión que se saliere de su casa, porque el Alcalde Dn. Agustín Coronel, quería caerles, y notificandoselos la criada a la confesante y a su madre, no trataron de mudarse ni ocultarse como era regular lo hubieran hecho, si se hubieran conocido culpadas. . .

Ignacia Ontiveros ratificó su declaración preparatoria y se defendió de la acusación sobre prostitución, argumentando su estado de doncella. Rosa Ontiveros, por su parte, también confirmó su declaración preparatoria y expuso que se mantenía de coser y de “algunos socorros que le hacía su compadre el Cura de Istapalapa, don Manuel Burgos”.

A Manuela Castrejón el Alcalde le indicó haber cometido “grave crimen” por haber permitido que en su casa se prostituyeran “personas de todas clases y estados [. . .] con prejuicio y grave escándolo del público” y que por ello tendría que sujetarse a las penas que “las leyes imponen a las lenonas”. La acusó de que su casa era un lupanar escandaloso por la concurrencia frecuente de hombres y mujeres “así de día como de noche, que a deshora abrian y cerraban la puerta y aun la tocaban a la madrugada, con lo que escandalizaba, y dava mal exemplo a los vecinos” y le recordó las declaraciones de las hermanas Jiménez. Manuela aceptó la concurrencia de varias personas en su casa, pero aduciendo que se daba en horas regulares y con motivo de su trabajo como corredora; alegó ser honesta y dar a sus hijos buen ejemplo, “buena crianza y educación”. Indicó que las Jiménez la habían acusado falsamente porque ella se había negado a prestarles dieciséis pesos, y les había retenido cuatro varas de muselina, en tanto le pagaran catorce pesos que le debían de dos túnicos que les había dado. El Alcalde la acusó de perjuración y ella negó los cargos.

De este proceso, resulta interesante observar, a través de los discursos de acusación y defensa, el grado de criminalidad que imputan al delito de lenocinio las autoridades, y la valoración que de su conducta tenían las propias acusadas.

El discurso del Alcalde señala el delito de lenocinio como “grave crimen” y deja entrever una profunda preocupación por el escándalo social que podría representar. Las declaraciones de

las mujeres, en cambio, parecen indicar que si bien conocen el rechazo social y jurídico al ejercicio de la prostitución y lenocinio y, por tanto, tratan de encubrirlo fingiendo ignorancia de los hechos, negando acusaciones o mintiendo, ejercen su trabajo abiertamente y presentan una cierta actitud de rebeldía o resistencia a este rechazo. Desde este ángulo es observable el hecho de que las mujeres no hayan huido al saber con anterioridad su posible detención, así como su insistencia en negar sus actividades dentro de la prostitución aun a pesar de la acusación de perjurio.

Del discurso del Alcalde es necesario rescatar la relación que entabla entre el estado de soltería, las horas inadecuadas para abrir la puerta de una casa, la concurrencia continua y simultánea de personas de diferentes clases sociales a un hogar, con la acusación de lenocinio y prostitución. Frente a este discurso, puede leerse la preocupación constante, presente en el discurso de las mujeres, por justificar un ingreso a través de una actividad socialmente aceptada y declarar en algunas ocasiones estado de doncellez.

Con respecto al problema de la existencia de virginidad en este último caso,²⁷ podría pensarse, por el discurso del Alcalde, que la norma al otorgar una calificación moral al comportamiento sexual podría ejercer efectos de control sobre el comportamiento sexual de la población. La realidad, sin embargo, mostraba que simplemente en la ciudad de México, en esta época, las mujeres solteras constituían del 18 al 27% y si se añadían las viudas, el número de mujeres no casadas superaba al de las casadas.²⁸ Los documentos indican que muchas de estas mujeres mantenían a sus hijos, y tanto ellas como sus vástagos eran socialmente aceptados.²⁹

En cuanto a la insistencia del Alcalde sobre el horario inadecuado para las reuniones en casa de la Castrejón, puede considerarse como un discurso-producto natural del derecho indiano que, como medio de control, contemplaba medidas restrictivas de derechos a ciertas clases sociales, y a las mujeres entre ellas, por ejemplo, “el no salir de noche”,³⁰ para el caso de las últimas. Es claro, empero, que desde fines del siglo XVIII las mujeres ya mostraban una resistencia más abierta a los rígidos patrones de conducta que les

eran impuestos, y comportamientos que en siglos anteriores no hubieran sido socialmente aceptados, se fueron introduciendo poco a poco en la cotidianeidad.³¹ Por ello, quizá puede pensarse que el discurso del alcalde carecía del sustento necesario para los fines que perseguía o, lo que sería más probable, que la cotidianeidad se encontraba muy lejos de la norma.



III. Una mujer hospitalaria

Ma. Manuela Castrejón y González fue una castiza de 40 años, casada con Ignacio Carbajal, preso éste en la cárcel pública por haberla golpeado. Manuela Castrejón era originaria de esta ciudad, y fue apresada el 8 de junio de 1808 porque su casa era un lupanar, por suponerle crimen de lenocinio, por prostituirse varias mujeres en su domicilio. Era madre de cuatro hijos y entre éstos una doncella de 15 años, Francisca Carbajal, todos ellos vivieron en el Callejón de la Condesa. María Manuela se mantenía de lavandera en algunas casas particulares y de distinción. Además, se sostenía comprando alhajas que vendía a casas particulares y en el Parián.

Por tal motivo su vida tomó otro giro, por lo cual pudo comprar una cama y un ropero en el que se encontró lo siguiente:

unas enaguas de gasa, calsoncitos de cordoncillo, un pañito, un retazo de paño de seda, par de guantes color carne, un paño de camballita china, par de zapatos de raso color rosa, unas enaguas de indianilla azul, una sobrecama, dos pares de medias de seda y de hilo, dos cintas y una chorrera con gancho de plata, dos abanicos de papel y de seda, un señorador azul y blanco de algodón, un rosario con medalla de plata, un ejercicio cotidiano. Varios tunicos de diferentes colores, cubierto y cucharita de plata.³²

El inventario de estos objetos nos permite conocer un poco la vida cotidiana de una mujer de las clases subalternas.

En el ropero de Manuela llegaron a encontrarse diez túnicos. Pilar Gonzalbo calcula que el costo de una falda de raso aproximadamente podría alcanzar sesenta pesos,³³ por lo que es fácil deducir que el valor de diez túnicos sería elevado. Por otro lado, Manuela entró supuestamente en conflicto con las hermanas Ximénez por 16 pesos que les había prestado, cantidad muy elevada si se considera que el salario mensual de una sirvienta era de dos pesos. Dados sus ingresos, esto constituiría demasiado despilfarro para una mujer de las clases subalternas.

En las declaraciones de Francisca Carbajal, destacó en ella un particular énfasis por justificar el origen de la ropa que lleva puesta, ¿Sería que sus vestidos mostraban elegancia excesiva?, o tal vez, ¿el vestido constituiría una aguda marca de ingreso y *status* social, no correspondiente quizás a una lavandera?

Es posible que la prostitución haya sido uno de los pocos medios viables para un rápido ascenso económico por parte de las mujeres de las clases subalternas, de ahí las acusaciones del alcalde sobre la vida “decente” o “indecente” de estas mujeres, donde “decencia” significa, en ocasiones, “correcta vida moral” y en otras, “prosperidad económica”.

¿Qué sucedía entonces con la participación de las mujeres en la vida económica?



IV. El salario de la miseria

En el umbral de la modernidad, el pensamiento ilustrado consideró que la participación de la mujer en el proceso productivo era

fundamental para el desarrollo y el ingreso a la Edad Moderna. Pero esta acción requería la eliminación de obstáculos y tradiciones ancestrales que marginaban de la producción a la mujer. Por ello los Borbones introdujeron en sus reformas algunas medidas que pretendían una mayor contribución de la mujer al proceso productivo, principalmente reformas en la estructura gremial.

Sin embargo, al sobrevenir la crisis económica y la lucha por el empleo, se prefirió la ocupación de mano de obra masculina.³⁴ A pesar de todo, no por ello la mujer permaneció en el encierro hogareño. Ciertamente es que los valores de la época otorgaban excelencia al matrimonio, al encierro en el hogar o a la maternidad, pero no todas las mujeres se ajustaron a ello. Las de las clases bajas tuvieron que trabajar en las calles.

La mujer era considerada físicamente inferior, y a veces mentalmente también, respecto al hombre, por ello fue objeto de cantidad de restricciones que iban desde la necesidad de tutela masculina para aceptar una herencia³⁵ hasta la renuncia de su soberanía sobre transacciones legales al contraer matrimonio, a su exclusión en multitud de ocasiones de actividades que implicaran mando o gobierno, al impedimento de legitimar a un hijo.³⁶

Al considerar inferior a la mujer respecto al hombre, físicamente débil y, paradójicamente, con las restricciones que se le imponían, se intentó “protegerla”. Estas “protecciones” se centraron fundamentalmente en medidas jurídicas.

No obstante, y a pesar de su supuesta debilidad, la mujer de las clases media y baja se vio obligada a participar activamente en la vida económica novohispana. En los primeros años del siglo XIX, la mujer de clase baja novohispana trabajó fundamentalmente como sirvienta,³⁷ vendedora y manufacturera de alimentos (tamaleras, torteras, atoleras, tortilleras, placeras, etc.) comerciante y corredora (de ropa y alhajas), obrera en la Real Fábrica del Tabaco, costurera, artesana en su hogar, tepachera y prostituta. Los datos del censo de 1811 indican que la mujer constituyó una tercera parte de la población económicamente activa del virreinato en ese tiempo.

La mayoría de las mujeres trabajadoras eran indígenas y

pertenecientes a las castas, ya que las mujeres españolas poco trabajaron.

Las mujeres españolas en general sólo trabajaban si se encontraban separadas, abandonadas por el marido o viudas. Entre las indígenas y las castas, en cambio, muchas mujeres ya casadas trabajaban. Así, entre las mujeres indígenas, trabajaban la mitad de las viudas, un tercio de las casadas y dos tercios de las solteras.

El problema fundamental para la mujer casada era el poder alternar su trabajo con el cuidado de su hogar y sus hijos, por eso entre ellas el empleo era con frecuencia irregular. Gran cantidad de estas mujeres se dedicaron a la preparación de alimentos en sus casas para la venta en las calles,³⁸ por ser esta ocupación la que mejor permitía el cuidado de sus hijos; algunas otras también elaboraban cigarros a destajo en sus casas para la Real Fábrica del Tabaco o cosían para la venta.

Algunas casadas *trabajaron* como sirvientas, pero eso las separaba de su familia; tal fue la razón de que preferentemente mujeres solteras se dedicaran a este empleo (75% de las mujeres solteras trabajadoras).³⁹

Pero el trabajo de empleada doméstica se consideraba humillante. Las sirvientas debían a su patrón sumisión, obediencia y respeto, lo cual incluía también el aspecto sexual.⁴⁰ Las trabajadoras domésticas se encontraban a disposición perpetua de los patrones y, salvo las amas de llaves, eran muy mal pagadas.

Entre los indígenas y las castas, la mujer asistía a la escuela pocos años, frecuentemente las niñas entraban en el servicio doméstico a los 10 años, y como trabajaban mucho desde entonces, para ellas era poco halagueña la posibilidad de trabajar.⁴¹

Las costureras, tejedoras y bordadoras tenían oportunidad de convivir con sus familias, pero su trabajo estaba muy mal pagado. Las mujeres que trabajaban en estos oficios y tenían que mantenerse, vivían generalmente en la miseria.

Las que preparaban y vendían alimentos, también sufrían existencia precaria.

Las obreras de la Real Fábrica del Tabaco⁴² estaban mejor

pagadas, pues trabajaban a destajo, pero al ser considerado de mala reputación el trabajo fuera de casa, y con hombres, muchas mujeres, principalmente de la clase media, prefirieron prostituirse en privado que asistir a la fábrica para poder mantenerse.⁴³ Las mujeres de clase media trabajaron muchas veces en el único empleo que se consideraba menos deshonesto para la mujer: el magisterio, pero también por un salario ínfimo.

En suma, el trabajo significó para la mujer de clase baja y media, la única posibilidad de supervivencia; los empleos a los que tuvieron acceso las mujeres en general, fueron humillantes, y se consideró de no muy buena reputación a la mujer que trabajaba; las solteras y viudas, entonces, tuvieron grandes problemas económicos, y muchas vivían en la miseria.

El empleo permitió posiblemente sobrevivir a algunas mujeres y sus familias, pero no las hizo prósperas ni independientes; tampoco fue una vía de movilidad social ascendente, sino todo lo contrario; la presión fue más bien hacia abajo, a causa de los estigmas sociales aplicados a las mujeres que trabajaban.



V. La sentencia

El 13 de julio de 1809 se puso en libertad a María Antonia Olea, Antonia Aguilera, Ignacia Avila, María Josefa Toledo y Rosa e Ignacia Ontiveros; pero permanecieron en la Real Cárcel de Corte Manuela Castrejón y su hija Francisca Carbajal.

En agosto del mismo año, el fiscal acusó criminalmente a ambas mujeres y sugirió que se castigara a la Castrejón de acuerdo con la Ley 60., Tit. 18, Lib. 8, de la Recopilación de Castilla, a vergüenza pública y a permanecer en un recogimiento por espacio de seis

años. En cuanto a Francisca Carbajal, el fiscal sugirió se la colocara como sirvienta en una casa de honra donde se vigilara su conducta. Juan José Monroy, abogado de Manuela, respondió a la acusación del Fiscal señalando que tan importante es –en una República bien gobernada– para la terminación de los delitos la imposición de castigos, como que a los reos se les pruebe con evidencia la culpa para la imposición de la pena. Desde este ángulo, el defensor alegó que: “es infelicitísima consecuencia inferir que una casa sea lupanar porque es frecuentada de muchos” en virtud del trabajo de su cliente en la compra de alhajas. El abogado señaló también que es un grave error acusar a la Castrejón de lenona por haber superado una situación económica difícil, porque “qualquiera que huviere leído aun por encima de las reglas de la logica advertira que este es un pesimo modo de discurrir, por que entonces todos los que pasan aun repentinamente de la mendiguez a la opulencia, deberan ser presisa y necesariamente alcahuetes”.

El defensor acusó también a las hermanas Ximénez de mentirosas porque no aceptaron reconocer a ninguno de los concurrentes y porque la Castrejón no acudió a ellas nunca, ya que en caso de ser alcahueta no tendría necesidad de ello, estando su hija en casa, accesible para prostituirse.

Tomás Díaz del Campo, como curador de Francisca, alegó también inocencia de la rea, y solicitó se le colocara bajo la tutela del padre. El 5 de septiembre Francisca fue liberada. Manuela Castrejón presentó como prueba de su inocencia cuatro testigos que respondieron a las siguientes preguntas:⁴⁴

Por el conocimiento de la Castrejón, qué conducta le han observado, generales y demás.

–Item si saben, y les consta que la Castrejón primeramente se mantuvo de lavar ropa en varias casas principales de esta Capital, expresando en cuales.

–Item si saben, y les consta que después tomó el giro de comprar, y vender alhajas, y ropa, asi en el Parián, como en otras partes, y expresen sobre poco más o menos desde que tiempo la han visto en ello.

–Item si saben, y les consta, que hasta la presente ha subsistido en dicho

giro, y por esa causa cren que ha sido frecuentada su casa de personas de ambos sexos y de todas calidades.

–Item digan si saben qe Hilaria y Clara Ximenez como mugeres de mal vivir han sido tenidas, y reputadas por publicas prostitutas, y expresen el tiempo que ha las conocen, en su mala vida.

–Item de publico y notorio, publica voz y foro, y comun opinion.

Ma. Dolores Grajales, criolla, respondió que en efecto Manuela había sido lavandera, que actualmente se dedicaba al oficio de corredora de alhajas y que por tal razón su casa era frecuentada por los compradores. Que conocía a las hermanas Ximénez porque tiempo atrás, éstas habían rentado una asesoria en el Callejón de los Rebeldes, inmediato a su casa, y que había observado que a la casa de las Ximénez acudían “hombres enfrezados soldados y de mal pelage; que ellas ivan y venian a la pulqueria por lo que en el barrio se tenian por unas prostitutas”.

Después testificó Mara Bartola Camacho, criolla de la ciudad de Lerma que indicó ser la casera de la casa del Ahorcado, en la calle de Corchero, en donde había rentado una vivienda a las Ximénez, por espacio de un mes y dos días. Señaló que las hermanas vivían con un soldado y un muchacho arguyendo que eran hermanos, y advirtió que:

eran unas mugeres que no tenian sociego: que todo el dia subian y baxaban y salian a la calle: que de noche entraban a su casa a las nueve o diez: que aunque decian que trabajaban en la fabrica la declarante las veia en la calle y en su casa en las horas propias del trabajo: que no pareciendole a la declarante buena conducta, le quito a una hija suya la compañía con ellas, y aunque penso el quitarles la casa no lo verifico porque le pagaban la renta con puntualidad, y como estos procederes eran irregulares presumio serian prostitutas.

El tercer testigo de Manuela fue Joaquín Ibarra, criollo, de oficio amanuense, soltero y de 21 años. Declaró que la conoce hace tres años y que siempre observó Manuela, en ese periodo, buena conducta; que es corredora de alhajas y presume por ello su casa sea frecuentada por varias personas, que sabe que el Alcalde de

cuartel Don Agustín Coronel aprehendió a las hermanas Ximénez, entregándolas a Manuela Castrejón en razón a su buena conducta, y que a éstas, después de abandonar a la acusada, las ha visto “acompañadas de algunos hombres indecentes y solo por lo que está conceptuado que son mugeres prostitutas y de mala vida”.

Luego testificó Octaviana Buitrón, hija de Bartola Camacho, que declaró haber “tomado comunicación con las Ximénez, para ir a aprender hacer cigarros”. Que a las Ximénez

las visitaban hombres decentes e indecentes y soldados: que así que entraban se metían con ellos a la recámara: que una ocasión estando la declarante de visita en la casa llegó un hombre y metiéndose con Clara a la recámara comenzó a rechinar mucho la cama. . .

Que las hermanas se la pasaban en la calle todo el día y que “un señor que las mantenía y decían ellas ser su tío se retiró y les quitó toda la ropa” cuando se enteró de sus andanzas.

Finalmente, José Ma. Cendexas y Mariano Fernández, ambos corredores de alhajas, declararon conocer la buena conducta de la Castrejón y de sus lícitas actividades como corredora, tanto en el Parián como en su propia casa.

El abogado Juan José Monroy, después de las anteriores declaraciones, alegó no haberse probado el delito de la Castrejón, y solicitó su libertad. Indicó que las pruebas en su contra eran débiles y que la acusación por parte de las Ximénez, de poca confianza por ser prostitutas. Frente a ellas colocó las declaraciones de los testigos de Manuela y declaró comprobada la buena conducta de ésta. El fiscal aceptó el debilitamiento de los fundamentos de la sumaria en contra de Manuela, y modificó su petición; solicitó entonces una condena de sólo dos años en la Casa de Recogidas para Manuela Castrejón.

El 20 de diciembre de 1809, Manuela Castrejón fue condenada a cuatro años en la Casa de Recogidas con prevención de sus bienes embargados para pagar los costos que le correspondían; las otras mujeres permanecieron en libertad bajo la observación del alcalde de barrio.

El 22 de diciembre del mismo año, el alcalde encargado de la

Cárcel de Corte solicitó que la Castrejón fuera nombrada presidenta de la Cárcel de Recogidas, cargo que le fue concedido y que, por declaración posterior del alcalde, desempeño eficientemente, observando además buena conducta.

En noviembre de 1810, Manuela solicitó la reducción de su condena en aras de su buena conducta; no le fue concedida.

En noviembre de 1811, la Castrejón pidió al gobernador les permitiera a ella y a su hija, continuar en el empleo que desempeñaban dentro de la cárcel independientemente del fin de la condena, la Carbajal como enfermera, y Manuela como presidenta; alegaba tener una crecida familia de cuatro hijos que mantener, y no tener otra posibilidad de subsistencia.

En octubre de 1812 se notificó a Manuela que su caso no estaba comprendido dentro de un indulto que acababa de promulgarse en septiembre del mismo año, con motivo de la nueva Constitución de la Monarquía.

De los documentos que giraron alrededor de la defensa y sentencia de Manuela Castrejón, es posible rescatar algunos hilos que nos conduzcan a un acercamiento al pensamiento y las actitudes que frente a la prostitución mantuvieron la sociedad civil novohispana y el Estado, en la época de los Borbones.

El orden social

Según las Siete Partidas, la pena era “el mal que por disposición de la Ley se hacía parecer al delincuente ya en su persona, ora en su reputación o en sus bienes, por el daño que este causaba a la sociedad, o a alguno de sus miembros”.⁴⁵ Es evidente que la legislación española se extendió al Nuevo Mundo y, como tal, las Siete Partidas fueron también aquí un instrumento legal muy importante y representativo del Derecho Romano.

Algunos estudiosos señalan⁴⁶ que, en general, la estructura judicial en Nueva España, nunca fue muy eficaz, ya que las actividades políticas se mezclaban con las jurídicas. Los cambios que se generaron en la segunda mitad del siglo XVIII tanto en la Metrópoli

como en sus colonias, conllevaron, además, profundas alteraciones en la composición de la sociedad novohispana. Cambios en la producción, el mercado y las relaciones interraciales, generaron así la creación de nuevas clases sociales, grupos de intereses y una mayor desigualdad en la distribución del ingreso. Muchas personas quedaron al margen de los beneficios económicos, y se constituyeron en ciertos grupos de presión social. La Corona ilustrada intentó entonces poner orden, y se tomaron medidas administrativas, jurídicas y políticas para tal efecto. En este sentido, resulta interesante el discurso de la defensa que señala que:

tan importante es para una república bien gobernada para la terminación de los delitos la imposición de castigos como el que a los reos se les pruebe con evidencia la culpa para la imposición de la pena.

Si se parte de la idea de que las estructuras legales y jurídicas de las distintas sociedades, son los instrumentos de los intereses de los grupos dominantes para el mantenimiento del orden de los sectores dominados,⁴⁷ podríamos pensar que la criminalidad fuere una noción que en cierto momento sólo podrá aplicarse a algunos sectores. En Nueva España ha sido posible observar que el criterio étnico y racial, la edad y el sexo determinaron en muchas ocasiones la calidad de la sentencia; así, por ejemplo, a las mujeres y a los indios se les colocó en perpetua minoría de edad, y la aplicación de la justicia sobre ellos estuvo muchas veces determinada por estos valores. El virrey Revillagigedo (1789-94) informaba a su sucesor que “las clases inferiores, en su mayoría, padecían de malas inclinaciones”, por lo que quizá entonces pueda inferirse que ciertas desviaciones muchas veces podían y pueden ser adjudicadas sólo a ciertos estratos o grupos sociales.

En cuanto a la prostitución, fue considerada en la Nueva España, tanto por el Estado como por la Iglesia, como desviación evidente.

Como una forma de fornicación, constituía falta contra el sexto mandamiento y, dentro del discurso teológico tomista, tomada como un acto lujurioso, opuesto a la ley natural del Orden

impuesto por Dios. Los actos lujuriosos son pecados mortales; la prostitución, como fornicación, lo es.

Pero para el mantenimiento del orden social, Santo Tomás proponía su tolerancia para evitar mayores violaciones;⁴⁸ por esto, fue considerada en España y las colonias como un mal necesario. En esta calidad, fue reglamentada por el Estado español y tolerada por la Iglesia.

Alfonso X el Sabio fue el primero que reglamentó la prostitución, y a la Nueva España llegaron también disposiciones de Felipe el Hermoso, Carlos III y Carlos IV.⁴⁹

La Iglesia española condescendió con la existencia de la prostitución; pero preocupada por su control, no aceptó la alcahuetería, los escándalos ni los discursos que justificaran la fornicación.

La Castrejón sería condenada por alcahueta reincidente, pero podemos observar que Francisca Carbajal también sería condenada a servir en una casa de honra, en tanto las otras mujeres y el cliente sólo padecieron prisión temporal. Desde los tiempos de Alfonso el Sabio la alcahuetería había sido más penada que la prostitución,⁵⁰ y es sabido que la reincidencia en un delito siempre fue más castigada por la Corona,⁵¹ pero... ¿por qué la severidad exclusiva hacia la Castrejón y su hija?

Si la pena tenía, como hoy, que ser proporcional al delito cometido,⁵² ¿por qué no se dejó en libertad a Francisca Carbajal como a las otras mujeres?

¿Estaría la respuesta en el arbitrio del juez, la peligrosidad del delito, la calidad social de Manuela y su hija o la función de los recogimientos?

Penitencia y laboriosidad. Recogimiento de mujeres

Los recogimientos de mujeres fueron una respuesta a una problemática novohispana; muestran cómo el gobierno, la Iglesia y la sociedad colonial encararon los problemas de la prostitución, la falta de trabajo remunerado, el matrimonio, el divorcio y la viudez, la soltería, la necesidad de encontrar marido y la constitución legal y religiosa de la familia.

Los recogimientos albergaron la delincuencia femenina abarcando desde los delitos contra la moral y la salud pública, la fabricación clandestina de bebidas embriagantes, adulterios y homicidios, hasta llegar a los llamados de infidencia, cometidos por las mujeres que participaron en la lucha de Independencia. La vida en el recogimiento estuvo animada por las ideas de superación de la mujer.

La organización interior de los recogimientos de mujeres “eran de una severísima vida cristiana, pero realizados en el encierro, para evitar los peligros en que se encontraba la mujer sola que vivía con la sociedad”.⁵³ Con el fin de evitar contacto con el mundo exterior, se estableció una rigurosa clausura de la que nadie podía huir; el trato con el exterior se hacía a través de rejas y tornos.

Un horario preciso regía los recogimientos; la vida comenzaba dentro de dicha institución a las cinco de la mañana, distribuyéndose de la siguiente manera:

A las cinco: levantarse y asearse. En seguida asistencia al oratorio, donde las recogidas rezaban. Seguía después una lectura y una acción de gracias por estar allí lejos de los peligros del mundo. Su estancia en el oratorio terminaba con la misa.

Posteriormente, las mujeres tomaban el almuerzo en el refectorio común, ya que la vida en el recogimiento era comunitaria.

A las nueve de la mañana todas debían estar trabajando, lavando la ropa, cosiendo, bordando o guisando para los presos. A las doce del día se almorzaba; iban al oratorio a rezar y a oír una “lectura piadosa”.⁵⁴ A las dos reanudaban sus labores hasta las seis de la tarde.

Terminadas las labores, descansaban nuevamente paseando por los patios del recogimiento hasta la hora de rezar el rosario: terminando esto, pasaban a cenar y luego iban a los dormitorios. Allí podían quedarse charlando hasta las nueve de la noche, cuando se “tocaba la campana a recoger”.⁵⁵

El gobierno interior estaba en manos de una prepósita electa por las recogidas, como fue el caso de Manuela Castrejón quien desempeñó el cargo de presidenta del recogimiento. El orden

estaba a cargo de celadoras, los cargos inferiores eran los de porterías, y éstas a su vez tenían dos ayudantes.⁵⁶

La atención de las enfermas estaba a cargo de médicos cirujanos y boticarios, estos últimos muy importantes para la institución ya que la dotaban gratuitamente de medicinas. Además, había dos enfermeras con sus ayudantes; recordemos que la hija de la Castrejón fungió como enfermera dentro del recogimiento.

Hubo mozos ocupados en oficios difíciles de realizar por las mujeres, como proveer de leña o carbón, meter las cargas de carne y maíz, y sacar los desperdicios de los recogimientos.

El oficio de maestra estaba a cargo de las mujeres más ancianas del recogimiento.

Al crecer los recogimientos aparecieron muchos oficios.

La alimentación tenía características especiales, pues se daba de acuerdo con las necesidades de las recogidas. Para la enfermería se preparaba una alimentación especial, ya que la mayoría de las mujeres que se encontraban en dicho lugar eran embarazadas o estaban criando a sus pequeños;⁵⁷ “la dieta para estas mujeres consistía en un puchero bien condimentado”.⁵⁸ La comida común consistía en carne de res, frijoles con chile, verduras y tortillas.

El número de mujeres que los recogimientos albergaban fue variable. Algunas recogidas permanecían sólo algunos meses, y se las enviaba a servir en alguna casa de honra para que, con el buen ejemplo, corrigieran sus vidas y se readaptaran a la vida social.

Se podía salir del recogimiento antes de cumplir la condena si el delito lo permitía, en las siguientes circunstancias: bajo fianza, por delitos menores, por indulto del virrey, por fuga o por traslado a un hospital, si se padecía una enfermedad contagiosa.

En una época en que la sociedad estaba claramente dividida, y las categorías sociales se diferenciaban por el tipo de alimentación y el vestido, se distinguen en el recogimiento dos tipos de presas: “las que provenían de las ínfimas clases sociales (la plebe), mujeres que viven en unos jacales o chozas, expuestas a todas las incomodidades del tiempo, que duermen en petates y se alimentan sólo de atole, carne de vaca y tortillas, y las que provenían de la clase media, que

eran también mujeres pobres e ignorantes, pero acostumbradas a vivir en casas, a dormir en cama, a usar sábanas y a comer pan de trigo, potaje de carnero, pescado y beber chocolate”.⁵⁹

Es interesante observar que aunque la ley las juzgaba a todas por igual, y a todas las condenaba parejo, procuró que la prisión tuviera un carácter más humano al buscar para cada una lo adecuado a sus costumbres; como habría de ser el caso de la Castrejón mientras estuviera internada en el recogimiento.



Reflexiones finales

Como se ha podido observar, resulta claro que en los recogimientos se pretendía la redención a través de una vida austera y de orden; en este caso, es posible que se haya intentado reorganizar la supuesta vida “desordenada” de Manuela. En este sentido, es interesante confrontar que se consideraba fuera de orden a que las mujeres anduvieran por la calle, así como también a que recibieran personas de diversa índole y a cualquier hora en el hogar.

Sin embargo, es necesario tomar en cuenta el discurso de la defensa cuando argumenta que “es infelicitísima consecuencia inferir que es lupanar porque es frecuentada de muchos”, porque ello también puede indicar poca evidencia para probar la culpa. A través del análisis del documento, pudo percibirse también una cierta desvalorización del testimonio de las hermanas Ximénez, por considerarlas “públicas prostitutas”; podríamos pensar que entonces, en Nueva España, tal vez la impartición de la justicia estuviera determinada en cierta manera por la calidad social del acusado.

El proceso de Manuela dejó entrever otros dos aspectos

interesantes: Una clara falta de evidencia para probar el delito, situación que pudo orillar a concluir que para la Corona ilustrada, quizá llegara a ser más importante el control del orden social que la impartición de la justicia. Después, la clara persecución insistente del delito de prostitución y lenocinio. Si los Borbones persiguieron más aquellos crímenes que amenazaban el control social, podría inferirse que el control de la sexualidad era cuestión de gran importancia.

¿Lo será hoy?

Notas

¹ Cf. J. Stanley y Bárbara Stein, *La herencia colonial de América Latina*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 84-85.

² Cf. John E. Kicza, *Empresarios coloniales, familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*, México, FCE, 1986, pp. 15-16.

³ Cf. Gabriela Brun, "Las razas y la familia en la ciudad de México en 1811", en *Ciudad de México, ensayo de comunicación de una historia*, Alejandra Moreno (Coord.), México, INAH, 1978, p. 114.

⁴ Kicza, *op. cit.*, p. 28; véase también Brun, *op. cit.*, pp. 114-115.

⁵ Cf. Doris M. Ladd, *La nobleza mexicana en la época de la Independencia. 1780-1826*, México, FCE, 1984, pp. 36-37.

⁶ Kicza, *op. cit.*, pp. 22-23.

⁷ *Loc. cit.*

⁸ Cf. Aída Castilleja, "Asignación del espacio urbano. El gremio de los panaderos 1778-1793", en *Ciudad de México*, *op. cit.*, pp. 37-46.

⁹ Cf. Archivo del Ex-Ayuntamiento de la Ciudad de México. Ramo *Policiá en general*. 1693-1791, tomo I, exp. 1 al 52, vol. 3627, exp. 43.

¹⁰ Cf. Norman F. Martín, "Pobres, mendigos y vagabundos en la Nueva España. 1702-1776. Antecedentes y soluciones", en *Estudio de Historia Novohispana*, núm. 8, México, UNAM, 1985, p. 108.

¹¹ Cf. D.A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México Borbónico. (1763-1810)*, México, FCE, 1985, p. 32. Véase también Torcuato De Tella, "The dangerous classes in early nineteenth century México", en *Journal of Latin American Studies*, 51 (may 1973), p. 95.

¹² Cf. Ma. Amparo Ros, "La Real Fábrica del Tabaco. ¿Un embrión de capitalismo?" en *Historias*, núm. 10, jul-sep. 1985, pp. 51-53.

¹³ Cf. Instrucciones del Virrey Conde de Revillagigedo a su sucesor el Marqués de las Amarillas, citado en Norman Martín, *op. cit.*, pp. 109 y 110.

¹⁴ Cf. Silvia Marina Arrom, *The women of Mexico City*, Stanford University Press, 1985, p. 8.

¹⁵ Cf. "México por dentro y fuera bajo el gobierno de los virreyes o sea enfermedades políticas que padece la capital de la Nueva España", editado por Carlos Ma. de Bustamente (México 1831), pp. 107-111, citado por Torcuato de Tella, *op. cit.*, p. 95.

¹⁶ Cf. Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Las mujeres en la Nueva España, educación y vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 1987, pp. 279-283. Véase también Pablo González Casanova, *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*, México, SEP, 1987, pp. 59-65.

¹⁷ Cf. Juan Pedro Viquiera Alban, *¿Relajados o Reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las luces*. México, FCE, 1988, pp. 50-160.

¹⁸ Cf. AGNM, Ramo *Inquisición*, vol. 1297, año 1784, "Espediente formado sobre las consultas que hizo a este tribunal el predicador Fray Gabriel de la Madre de Dios Pérez de León, misionero de Pachuca, sobre los cantos y bailes deshonestos llamados "Pan de Jarabe", y el "Chuchumbé". Véase también Pablo González Casanova, *op. cit.*, pp. 59-65.

¹⁹ Cf. Pilar Gonzalbo Aizpuru, *op. cit.*, p. 146.

²⁰ Cf. José Abel Ramos Soriano, "Una senda de perversión en el siglo XVIII: El imaginario erótico en la literatura prohibida en Nueva España", en Sergio Ortega, *De la santidad a la perversión*, México, Grijalbo, 1986, pp. 69-90.

²¹ Cf. Pilar Gonzalbo Aizpuru, *op. cit.*, *passim*.

²² *Ibid.*, p. 205.

²³ Cf. Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Edit. Anagrama, 1987, *passim*.

²⁴ Cf. Juan Pedro Viqueira, *op. cit.*, pp. 139-152.

²⁵ Cf. AGNM, Ramo *Criminal*, vol. 89, exp. 1, f. 3. (Se reproduce la ortografía original en todas las transcripciones.)

²⁶ *Ibid.*, foja 5.

²⁷ Doncella era la mujer virgen. Soltera, la que no era doncella, ni casada.

²⁸ Cf. Pilar Gonzalbo Aizpuru, *op. cit.*, pp. 151-152.

²⁹ *Loc. cit.*

³⁰ Cf. Ma. de la Luz Lima Malvido, *Criminalidad femenina, teoría y reacción social*, México, Ed. Porrúa, 1988, p. 239.

³¹ Cf. Carmen Martín Gaité, *op. cit.*, *passim*.

³² AGNM, Ramo *Criminal*, vol. 84, exp. 14.

³³ Cf. Pilar Gonzalbo Aizpuru, *op. cit.*, p. 205.

³⁴ Cf. Arrom, *op. cit.*, p. 30.

³⁵ Cf. Josefina Muriel, *Los recogimientos de mujeres*, México, UNAM, 1974, p. 17.

³⁶ Cf. Arrom, *op. cit.*, p. 69; véase también Josefina Muriel, *op. cit.*, p. 17. Confrontarse José María Ots Capdequí, *El estado español en las Indias*, México, FCE, 1982, p. 107.

³⁷ Silvia Arrom señala que el censo de 1811 indica que el 54% de las mujeres de la ciudad de México que trabajaban, lo hacían en el servicio doméstico, 20% se dedicaban a la preparación y comercialización de alimentos, 25% al comercio y 1% en la manufactura, pero los datos del censo no mencionan a las tepacheras, ni prostitutas. Cf. Arrom, *op. cit.*, p. 159.

³⁸ Cf. *Ibid.*, pp. 192-195.

³⁹ Censo 1811.

⁴⁰ Cf. AGNM, Ramo *Bienes Nacionales*, vol. 509.

⁴¹ Cf. Arrom, *op. cit.*, p. 187.

⁴² Cf. Jean Sarrailh, *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, FCE, 1981, pp. 517-519.

⁴³ Cf. Arrom, *op. cit.*, p. 193.

⁴⁴ Cf. AGNM, Ramo *Criminal*, vol. 84, exp. 14.

⁴⁵ Cf. Ley I, Tit. XXX, Partida VII.

⁴⁶ Cf. Colín M. MacLachlan, *La justicia criminal del siglo XVIII en México. Un estudio sobre el Tribunal de la Acordada*, México, SEP, 1970. Véase también Teresa Lozano, *La criminalidad en la ciudad de México 1800-1821*, México, UNAM, 1988.

⁴⁷ Cf. Colín, *op. cit.*, pp. 63-67. Véase también Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1987, *passim*.

⁴⁸ Cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1959, vol. II, p. 383.

⁴⁹ Cf. Juan N. Rodríguez de San Miguel, *Pandectas Hispanomexicanas*, México, UNAM, 1980, t. III, pp. 495-500.

⁵⁰ Cf. Leovigildo Figueroa, *La prostitución y el delito de lenocinio en México*, México, tesis UNAM. [s.f.], p. 10.

⁵¹ Cf. Colín, *op. cit.*, *passim*.

⁵² Cf. Teresa Lozano, *op. cit.*, p. 172.

⁵³ Josefina Muriel, *op. cit.*, p. 84.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 95.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 119.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 97.

⁵⁷ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *La educación de la mujer en la Nueva España*, México, SEP, El Caballito, 1985, p. 16. Véase también de la misma autora, *Las mujeres en la Nueva España. . .*, *op. cit.*, pp. 27-42.

⁵⁸ Muriel, *op. cit.*, p. 120.

⁵⁹ *Loc. cit.*

Bibliografía

- Aquino, Tomás de. *Suma teológica*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1959. Vol. II.
- Arrom, Silvia Marina. *The women of Mexico City*. Stanford, Stanford University Press, 1985.
- Arcila Farias. *Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España*. México, SEP Setentas, 1974.
- Brading, P.A. *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1713-1810)*. México, FCE, 1985.
- Brun, Gabriela. "Las razones y la familia en la ciudad de México en 1811" en *Ciudad de México, ensayo de construcción de una historia*. México, INAH, 1978.
- Castilleja, Aída. "Asignación del espacio urbano: El gremio de los panaderos 1770-1793" en *Ciudad de México, ensayo de construcción de una historia*. México, INAH, 1978.
- Figueroa, Leovigildo. *La prostitución y el delito de lenocinio en México*. México, Tesis UNAM, [s.f.].
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI, 1986.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar. *La educación de la mujer novohispana en la Nueva España*. México, SEP/El Caballito, 1985.
- *Las mujeres en la Nueva España. Educación y vida cotidiana*. México, El Colegio de México, 1987.
- González Casanova, Pablo. *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*. México, SEP, 1987.
- Kicsa, John E. *Empresarios coloniales, familias y negocios en la ciudad de México durante los borbones*. México, FCE, 1986.
- Ladd M., Doris. *La nobleza mexicana en la época de Independencia. 1780-1826*. México, FCE, 1984.
- Lima Malvido, Ma. de la Luz. *Criminalidad femenina, teoría y reacción social*. México, Ed. Porrúa, 1988.
- Lozano, Teresa. *La criminalidad en la ciudad de México 1800-1821*. México, UNAM, 1988.
- MacLachlan M., Colín. *La justicia criminal del siglo XVIII en México. Un estudio sobre el Tribunal de la Acordada*. México, SEP, 1970.
- Martin F. Norman. "Pobres, mendigos y vagabundos en la Nueva España 1702-1766: Antecedentes y soluciones presentadas", en *Estudios de Historia Novohispanos*. No. 8, México, UNAM, 1985.
- Martín Gaité, Carmen. *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona, Edit. Anagrama, 1987.
- Muriel, Josefina. *Los recogimientos de mujeres*. México, UNAM, 1974.
- Ots Capdiqui, José Ma. *El estado español en las Indias*. México, FCE, 1982.
- Ramos Soriano, José Abel. "Una senda de perversión en el siglo XVIII. El imaginario erótico en la literatura prohibida en Nueva España" en *De la santidad a la perversión*. México, Grijalbo, 1985.

- Ros, María Amparo. "La Real Fábrica del Tabaco. ¿Un embrión de capitalismo?" en *Historias*, No. 10, jul-sep., 1985.
- Rodríguez de San Miguel, Juan N. *Pandectas hispano-mexicanas*. México, UNAM, 1980. T. III.
- Sarraith, Jean. *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México, FCE, 1981.
- Stanley J. y Bárbara Stein. *La herencia colonial de América Latina*. México, Siglo XXI, 1978.
- Tella, Torcuato de. "The dangerous classes in early nineteenth century México" en *Journal of Latin American Studie*. 51 (May, 1973).
- Viqueira Alban, Juan Pedro. *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*. México, FCE, 1988.

Archivo General de la Nación

Ramo *Criminal*, vol. 84 exp. 1-14.
Ramo *Inquisición*
Ramo *Bienes regionales*

Archivo del Ex-Ayuntamiento de la Ciudad de México

Ramo *Recogidas*
Ramo *Policías en general*